

Rogelio quiere al fin ser mi marido?... ¡Esposo de una criminal! ¡Imposible! No quiso serlo cuando yo era buena... ahora menos... ¿Qué será? vuelvo á preguntarme... Pregunta, no me acoses, ó tráeme contigo la respuesta. (Oyese el rumor lejano de las presas que salen á un patio en la hora de recreo.) Mis compañeras de prisión ríen y se solazan. No piensan, no esperan, no tienen delante la ansiedad del Mañana... Yo devano esta infinita madeja y hago un ovillo infinito, que vuelve á ser madeja... y yo siempre, siempre ovillando... ¿Será lo imposible? ¿Será...?

ESCENA XII

Entresuelo en la relojería de Adrián Berdejo. Es habitación de techo bajo, con dos menguadas ventanas á la calle. Relojes de pared de diferentes formas y variadas muestras cubren los muros casi totalmente. Los unos duermen; otros en gran número velan, marchan y cuentan las horas con el rítmico *tic-tac* de sus escondidos mecanismos.—En un ángulo del piso se ve el boquete de la escalera de caracol que comunica el entresuelo con la tienda.—Junto á una de las ventanas, mesa-escritorio comercial. Enfrente, cajas y paquetes que contienen material de relojería.

ROGELIO, en la mesa, engolfado en un trabajo interminable. Escribe, tacha, rasga, y vuelve á escribir;
ADRIAN BÉRDEJO, que después asoma por la escalera.

ROGELIO

Todo se me arregla para disculparme; todo puedo reducirlo á lógica y á los cánones de una moral elevada. Pero el hecho de aquel día, de

aquel viernes funesto, no puedo, por más vueltas que le da mi prestidigitación de las ideas, traerlo á buena conformidad con mi conciencia... Fuí el más indigno de los hombres cuando dije á Casandra: "llevaré á los niños á paseo," y al decirlo fingí la tranquilidad con que se realizan los actos comunes de la vida... ¡Enmascararme de alegría serena para sacar á los niños; engañar á la madre con tan horrible mentir de mi rostro y de mis palabras; llevar á los hijos suyos y míos á la caverna tenebrosa de aquella bruja, Cayetana Yagüe...! Cuando de esto me acuerdo, y repito en mi mente la acción de aquel día, me desprecio tanto, tanto, y tanto me repugno, que vomitaría mi alma si vomitarla pudiera... Judas, besando á Cristo para entregarlo á sus verdugos, fué más noble y más honrado que yo. Y así como Judas se presentó luego al Príncipe de los sacerdotes para que le pagaran lo convenido por la venta del Justo, yo me fuí á ver á *Baalbérit*, que en el mundo lleva el nombre de Cebrián, y alargué mi mano diciéndole: "Hecho está lo que ordena tu falso ídolo doña Juana. Págame ahora..." (Se golpea el cráneo.) ¡Oh vil entre los viles, merecedor de que los cerdos inmundos y las serpientes venenosas no quieran trato ni roce contigo! Perece; quitate de entre los vivos. No eres digno de vivir ni aun para arrojarte ante Casandra y pedirle perdón, un perdón que ella no ha de darte... (Se golpea con más furia. Asoma Berdejo por el escotillón, mostrando sólo la cabeza y hombros.)

ADRIAN

¡Eh!... que te oigo desde abajo... que no quiero oírte desatinar... que te sacudiré si no

entras en razón... que te has de mantener en lo convenido...

ROGELIO, sosegándose.

Sí, Adrián, sí. Es que, pensando en ello, se me va la cabeza... Pero me mantendré en lo convenido... y lo convenido es que no debo morirme sin dejar en el mundo una buena acción.

ADRIAN, severo.

Cuidado, que estoy alerta... ¿Has escrito la carta?

ROGELIO

Como unas ochenta he comenzado y roto.

ADRIAN

Haz porque te salga la ochenta y una. (Desaparece. Pausa, en la cual diríase que los relojes elevan el tono de su mormullo.)

ROGELIO, escribiendo.

"Adorada Casandra: Tu padecer es goce si lo comparas con el suplicio mío... Yo padezco el mayor de los dolores humanos, que es haberte ofendido... He llegado á la última miseria de la voluntad y al mayor decaimiento del alma. Hombre no soy ya, sino un despojo de hombre, arrojado en sus propios muladares. Traición cometí, venta miserable de tu amor y de nuestros hijos, el mismo día y á la misma hora en que tú, por amor de ellos y de mí, te abandonabas á tu cólera y llegabas hasta el crimen..." (Suelta la pluma.) ¿Pero puedo asegurar

que es criminal?... No se llamó criminal á Judith. En Roma he visto, lo recuerdo bien, pinturas del Masaccio y de Fra Bartolomeo, que están en los altares, y á Judith representan con nimbo de oro en su cabeza... A tí te veo yo, Casandra que fuiste mía, con tu frente ornada de corona mural. Salve, Casandra, que con planta ligera recorres los caminos de esta vida sembrada de dolores, miserias é injusticias, y no derrochas tu voluntad en vanas lamentaciones, ni pasas derramando sobre el mal humano una lágrima estéril... Tú lanzas al viento tu resuello impetuoso, canto sonoro de tu ira, que hace temblar á los hipócritas, despierta á los dormidos, y causa pavor á los despiertos que andan por el mundo armados con cañas para fustigar la verdad. Tu justicia es alta: no la ven los pequeños; es fecunda: no la comprenden los eunucos; es elocuente: no la oyen los sordo-mudos... Yo, que soy la debilidad; yo, el hombre de las combinaciones tortuosas y cobardes, te invoco á tí, que eres la fuerza heroica. (Pausa.) Esto no debo decírselo. Sin nombrar la tragedia, debo limitarme á ofrecerle una flor delicada que ella en mucho estima. (Escribe. Los relojes hablan, y en la algarabía de sus entremezclados *tiquistiques*, oye Rogelio vagas exhortaciones que conuerdan con lo que él piensa y escribe.) Ya entiendo bien lo que me decís, relojes parleros. Hablad, hablad, que á mí no me molesta vuestra charla, antes bien me ayuda á pensar y me sugiere ideas luminosas... (Aparecen de nuevo por el escotillón la cara y hombros de Adrián Berdejo.)

ADRIAN

¡Eh... sonámbulo!... ¿has acabado la carta?

ROGELIO, como volviendo en sí.

¿Sabes lo que estoy pensando? Que mejor será no escribir carta, y confiar á un buen amigo el encargo de parlamentar con Casandra...

ADRIAN, irónico.

A propósito de buenos amigos, aciértame quién acaba de salir de la tienda.

ROGELIO

¿Acaso Ismael, Rosaura? (Adrián deniega jovialmente.) ¿Pues quién, con cien mil demonios?

ADRIAN

El mismísimo don Francisco Cebrián.

ROGELIO, estremeciéndose.

Vade retro, Satana.

ADRIAN

Ha venido á comprarme un reloj de pared para las benditas monjas de la *Esclavitud*. Se llevó uno de los más caros, sin reparar en el precio. Le cargué la mano. Estos diablos apalean las onzas...

ROGELIO

¡Si pudiéramos apalearlos á ellos, y no dejarles hueso sano!

ADRIAN

Me preguntó por tí. Se puso tierno para decirme que te compadece, que estás neurasténico y debes irte al campo, á un monte...

ROGELIO, con desvarío.

Y en el monte se me aparecerá para tentarme, enseñándome toda la tierra. Y dirá: "lo que ves es tuyo si me adoras..." ¡*Hi de perra*.. de la perra de Luzbel!... Nada me ocultes Adrián. Algo más diría de mí.

ADRIAN

Que no heredarás mientras no pruebes que no estuviste en connivencia con Casandra... que no fuiste su inspirador, el soplón de su crimen.

ROGELIO, con subita excitación.

¡Al Infierno él y tú!... Déjame, Adrián; vete... (Coge un voluminoso libro comercial y le apunta á la cabeza.) Vete ó te descalabro.

ADRIAN

Otra vez estás perdido... Quédate con tus malditos nervios desmandados. (Desaparece.)

ROGELIO, descargando el libro sobre la mesa, con estrépito.

¡Por *Caym* y *Belfegor* que no reniego del crimen, que lo hago mío!... ¿Pero cómo ha de ser mío lo que es obra de un espíritu brioso y de una voluntad potente? (Desalentado.) Soy la flaqueza del ánimo, soy la imaginación viciada que derrocha todo el sér en chispas luminosas. (Vuelve á irritarse: golpea la mesa, aventa los papeles.) ¡Y ese condenado *Baalbérit* me habla de la herencia, que es como señalarme el árbol en que se ahorcó Judas! (Con mayor desvarío.) Sepa ese canalla que no me ahorco; no quiero

colgarme... quiero vivir... Me arrimo á un árbol de vida y paz, que es el perdón de Casandra... Infame *Baalbérit*, huye; no me tientes, no me solicites... (Oyese la voz de Adrián, gritando desde la tienda.)

ADRIAN

Pamplinoso, ahí te va una visita.

ROGELIO, suspenso.

¡Si será Ismael, si será Zenón...! (Fija con ansiedad sus ojos en el boquete de la escalera; oye gemir los peldaños; ve aparecer una inmensa araña negra, que sonríe.) ¡Ah, es *Moloch*, el simpático y buen *Moloch*!

ESCENA XIII

ROGELIO, INSÚA

INSÚA, asomando sólo medio cuerpo.

Perdulario, cabeza llena de humo, ¿quieres oírme un rato?

ROGELIO

Y cuantos ratos quiera el diablo amigo. Estoy solo. Ya me canso de tejer el capullo de mi soledad.

INSÚA, acabando de echar fuera del escotillón su persona negra, larga y angulosa.

Hablaremos de algo que te interesa mucho. Has de prometerme dejar á un lado tus locuras y desvanecer toda la espuma poética, someténdote á la razón que te traigo.

ROGELIO

Estoy tan hastiado de un vivir doloroso y tétrico, que acojo con alegría al primer diablo que me traiga el socorro de mis penas, aunque este socorro venga bajo la especie de sentido razonable.

INSÚA, cariñoso, poniéndole la mano en el hombro

¡Pobre cerebro desaplomado, yo te pondré derecho!... Pero has de entregarte á mí con sumisa voluntad.

ROGELIO

Me entrego y hago pacto de sumisión con el buen *Moloch*. Yo le vendo el alma... no; se la empeño... y por ella *Moloch* me da la razón. (A su lado se sienta Insúa. Hablan.)

FIN DE LA JORNADA CUARTA

JORNADA QUINTA

(Junio.)

ESCENA PRIMERA

Kermesse ó Feria benéfica en los Jardines del Retiro. En el curso del diálogo se indican las muchas personas que actúan en esta escena.—Diferentes grupos se apartan del lugar de la rifa y venta para pasear con sosiego, ó entablar conversaciones particulares.

A MARQUESA DE ARMADA, que pasea sola con
Clementina en alameda excéntrica

Me alegro de que nos hayan dejado solas.
Así podré decirte...

CLEMENTINA, inquieta.

¿Qué, Dolores?

LA DE ARMADA

Pues... yo siento compasión de esa Casandra. Nuestras creencias nos mandan compadecer á los criminales... Usted y yo, almas buenas y sin hiel, deseamos que la pena impuesta al criminal no sea muy dura.